



PASTORAL DE LA ESPERANZA  
TESTIMONIOS  
DE CATÓLICOS DIVORCIADOS



Auxi Barrios Rodríguez  
FUNDACIÓN DOCTOR PAZ VARELA

# εΛΟΤ Love

Este libro recoge las experiencias de varios católicos divorciados que se han casado por lo civil. Todos saben y aceptan que la Iglesia no reconozca ese segundo matrimonio. Muchos eran no practicantes, y se han encontrado con Dios años después de su segunda boda. Casi todos ellos comparten el haber pedido el reconocimiento de la nulidad de su primer matrimonio. En algunos casos el proceso no ha culminado; en otros no se ha reconocido en primera instancia.

Les une el anhelo de Dios, ansia que les lleva a buscarle en el día a día, aunque no puedan acudir a la comunión y la confesión. Sienten también ansias de pertenencia a la Iglesia, y encauzan esta necesidad de diversos modos. Algunos de ellos participan de la Pastoral de la Esperanza bajo el paraguas del movimiento de Schoenstatt en España.

El libro cuenta sus testimonios en primera persona. Hemos respetado su voz. Es, en este sentido, un libro colectivo. No es un manual teórico; tampoco es una recopilación superficial de anécdotas vitales. No aparecen entre sus páginas las experiencias positivas de tantas personas a las que se les ha reconocido su proceso de nulidad, y que participan de experiencias pastorales en grupos regulares de la Iglesia. Sí se encuentran, por el contrario, retazos de las vidas de algunas personas que sufren con esperanza mientras recorren un camino de búsqueda de Dios.

**PASTORAL DE LA ESPERANZA**  
**TESTIMONIOS DE CATÓLICOS DIVORCIADOS**

María Auxiliadora Barrios Rodríguez

FUNDACIÓN DOCTOR PAZ VARELA

© María Auxiliadora Barrios Rodríguez

© 2015 Fundación Doctor Paz Varela  
[www.institutodoctorpazvarela.es](http://www.institutodoctorpazvarela.es)

© Diseño y maquetación: Almudena Paz Anunçiação

© Fotografía: María Auxiliadora Barrios Rodríguez

Impreso en Madrid, España

ISBN: 978-84-608-2572-2

DL: M-31164-2015

## ÍNDICE

Prólogo.....	6
1. Introducción .....	9
2. Francisco: la comunión espiritual, la mejor de sus comuniones.....	15
3. Alejandra: la conversión de la mano de la Virgen.	24
4. Lola: un matrimonio canónico que parecía civil ....	32
5. José: cómo amar y ser amado por los hijos del otro	43
6. Antonio: el encuentro con Cristo de la mano de tu segunda mujer .....	53
7. Gerardo: novios como lo eran nuestros abuelos...	60
8. A modo de despedida.....	67

## **PRÓLOGO**

Este libro ha surgido como una iniciativa espontánea de un grupo de laicos. No ha sido una idea de ningún ministro de la Iglesia, ni una ocurrencia mía. Ha nacido de la ilusión de estos laicos por aportar su pequeño granito de arena al sínodo de las familias. Una aportación que, por otra parte, no es teórica, sino que refleja de modo vivencial la propia experiencia de cada uno, en su matrimonio, con Jesús.

Quiero aprovechar estas líneas –que ellos mismos me han invitado a escribir– para mostrar mi agradecimiento. Este libro es la expresión final de toda una experiencia que yo mismo he ido viviendo, en primera persona, siendo testigo de muchos de los testimonios de este grupo de la Pastoral de la Esperanza. Y esta experiencia para mí ha sido muy enriquecedora, muy positiva, me ha hecho crecer también en mi fe. Yo, como sacerdote que soy, no vivo la vida matrimonial, pero con ellos puedo vivir en tercera persona las dificultades y momentos bonitos de sus vidas. Por eso me alegro de que haya surgido este libro así, inesperadamente, porque pienso que permitirá que otras personas de la Iglesia también puedan conocer estas experiencias.

En general, los sacerdotes sabemos que la Iglesia debe acoger a todos y especialmente a este tipo de matrimonios, que en muchos casos se sienten rechazados por su situación. El problema es que no es fácil saber cómo acogerles de la mejor manera. En esta pastoral se les acompaña, desde su realidad, para que crezcan mientras recorren su camino hacia Dios. Les acompañamos en su crecimiento espiritual.

Me gusta especialmente que este libro sea testimonial y no teórico, porque la parte teológica y antropológica del matrimonio y las consecuencias que causa una separación, la Iglesia las conoce con mucha profundidad. Pero las experiencias concretas y los testimonios personales nos llevan a tocar con nuestras manos el dolor humano de muchos de estos hijos de la Iglesia. Por eso, puede ser interesante que aparezcan en el sínodo estos matrimonios, representados por estos testimonios.

Al leer estas líneas comprendemos que no solo hablamos de una institución, que es la familia, sino que estamos hablando de vida, de la vida de personas concretas, de situaciones difíciles, de heridas. Y la vida se suele expresar mejor testimonialmente que teóricamente.

Quiero agradecer especialmente al Espíritu Santo, al Espíritu de Dios, que haya suscitado un grupo así. A mí nunca se me hubiera ocurrido. Esta idea nació en

Paraguay y la hemos encarnado también en España, concretamente en Madrid.

Y es iluminador que haya habido matrimonios en situación regular que hayan querido compartir esta realidad con hermanos suyos que objetivamente no lo están. A estos matrimonios con sacramento les ayuda mucho en su propia espiritualidad, porque ven hecho vida el anhelo por Dios, el deseo de vivir la presencia de Dios en su matrimonio, y este deseo es tan fuerte que atrae a quien no lo vive con la misma intensidad. Por eso es complementario, y muy bonito, que en un mismo grupo haya matrimonios con sacramento y sin sacramento. Porque los dos se aportan desde su realidad espiritual; porque los dos están en camino de crecimiento hacia Dios, unos con dolor y otros objetivamente en situación regular, pero, en ocasiones, con falta de anhelo y de conciencia de tener a Dios vivo en su matrimonio.

Concluyo estas líneas expresando mi deseo de que este pequeño libro pueda aportar algo, no solo al sínodo extraordinario de las familias que tendrá lugar en octubre de 2015, sino también a todo aquel que lo quiera leer.

Borja Coello de Portugal



## **1. Introducción**

Hace poco presencié una conversación entre dos de mis compañeros de trabajo. Uno de ellos decía que no entendía que hubiera católicos que, después de la ruptura de su primer matrimonio, quisieran volver a casarse por la Iglesia. No lo veía lógico. La otra compañera corroboraba su visión con su propia experiencia: era la única entre sus amigos que se había casado por lo civil, aunque sus conocidos tampoco tenían fe. Ella decía con bastante apasionamiento que no podía entender esa falta de coherencia.

Creo que hay más personas que se hacen esas mismas preguntas: ¿por qué los no creyentes no se casan por lo civil?; ¿por qué los católicos que han fracasado en su primer matrimonio canónico, quieren volver a casarse por la Iglesia? Los creyentes, sin embargo, sí entienden que se den estas situaciones, porque saben que el vínculo civil es muy diferente al sacramento del matrimonio. Pero precisamente porque lo ven así, ocurre que a muchos les cuesta comprender que haya católicos que se divorcien y después se casen por lo civil.

Este libro nace con intención de ofrecer algunos testimonios que permitan comprender el porqué de algunas de estas situaciones. Se escribe pensando en

que lo puedan leer no solo los católicos divorciados, sino sus familias, sus amigos y aquellos que, tengan o no personas conocidas en esta situación, les cueste aceptarla.

Estas páginas nacen con ilusión y, al mismo tiempo, como fruto de una experiencia pastoral. Nacen con ilusión, porque la Iglesia va a vivir un Sínodo sobre las familias en octubre de 2015, y nos gustaría ofrecer esta modesta contribución. Y surgen, por otra parte, como consecuencia de una experiencia pastoral porque, desde hace cinco años, el grupo de la “Pastoral de la esperanza” –que funciona a la sombra del Movimiento de Schoenstatt de Madrid–, ha estado ayudando, en su camino de fe, a católicos divorciados casados por lo civil. Pocos años, pero los suficientes para que sus componentes hayan compartido momentos bellos, entrañables e intensos, jalados de luces e inspiraciones en la búsqueda de Dios, no exentos de oscuridad, dudas e incluso de rebeldía o de alejamiento.

No están en la Pastoral de la Esperanza tantos otros católicos a los que, tras su separación, la Iglesia reconoció su nulidad. Ellos están integrados en sus parroquias o en otros grupos de fieles en situación regular. Ojalá pronto puedan unírseles los protagonistas de estas líneas y otras personas del mundo que hayan solicitado el reconocimiento de la nulidad de su matrimonio.

Sí están en este grupo algunas personas que no eran practicantes cuando se casaron por lo civil, personas que se han encontrado con Dios después de haberse casado, y algunos otros que tomaron la decisión de casarse por lo civil después de que no se les reconociera la nulidad o mientras tenía lugar dicho proceso. Todos ellos saben y aceptan que la Iglesia no reconozca el matrimonio civil entre bautizados.

En este grupo nadie se siente juzgado; tampoco se sienten, en absoluto, ejemplo para otros. En él se respeta la decisión que ha tomado cada uno. Se comparte, se acompaña en la búsqueda de Cristo, y se aspira a ser ayuda unos para otros. Algunos han vivido el proceso de nulidad con dolor, otros están inmersos en él, pero todos miran con esperanza los cambios en el proceso, pues ayudarán a quienes en adelante quieran pedir la nulidad.

Surge la idea de este libro tras una mesa redonda a la que fuimos invitados por el padre Florencio y por Rocío Solís, de la Universidad Francisco de Vitoria. Les agradezco aquí de nuevo su invitación porque fue un encuentro muy enriquecedor. Allí algunos de nosotros dimos testimonio de cómo buscamos a Dios en la circunstancia que vivimos. Al terminar muchas personas nos dieron las gracias porque les había ayudado a comprender mejor la situación que viven los católicos divorciados que tienen una fe viva y que están casados por lo civil.

Nada como conocer a las personas para comprender los problemas. Esta es nuestra aspiración: que quienes no han vivido, personalmente o en sus familias, esta experiencia, puedan conocer de primera mano algunos casos.

Contar esto es desnudarse. No llamaremos a los protagonistas de estas historias por sus verdaderos nombres para respetar su privacidad. La mayoría me dijo que no le importaba que apareciera su nombre, pero he preferido ocultarlo. Así se hace habitualmente en los trabajos de investigación, es mejor para los informantes y para los lectores. Tampoco contaremos más que aquello que ellos han querido hacer público. Evitaremos detalles que permitan deducir demasiado fácilmente de quién estamos hablando. Ellos no se ocultan, pero los temas son lo suficientemente delicados como para no exhibirlos. En todas estas historias, además, hay terceras personas afectadas con quienes no hemos podido hablar y a quienes todos ellos respetan profundamente.

Todos los protagonistas de estas líneas comparten un rasgo común: hablan y notas que Dios está en sus vidas. Te cuentan de su trato con Dios y notas una llamada interior a ser mejor, a vivir la fe al menos con la fuerza con que la viven ellos. Ese es el motivo por el que Manuel de la Barreda habló con el padre Borja Coello de Portugal hace cinco años y le sugirió empezar con esta pastoral. Manuel había tenido

ocasión de conocer un grupo de Schoenstatt de Paraguay que tenía estas características y veía que había mucho más anhelo de Dios en ellos que en muchos matrimonios regulares.

Y así empezó todo, de la mano de un sacerdote y de un laico, casado en situación regular, y padre de cuatro hijos.

Durante este curso varias personas que no eran del grupo han venido a contar su testimonio. Ellos son responsables de tres de los capítulos de este breve libro. Los otros corresponden a personas del grupo. Todos reflejan situaciones compartidas por otras muchas personas del mundo.

Demos voz, pues, a los protagonistas. Con cada una de sus historias espero que se vaya dibujando un cuadro panorámico de pinceladas rápidas pero intensas.

Contaré los hechos en tercera persona, pero en ocasiones transcribiré literalmente lo que me contaron en las entrevistas que me concedieron. Nuestras conversaciones giraron en torno a cuatro preguntas:

1. ¿Por qué sigues buscando a Cristo en su Iglesia después de haberte divorciado y casado por lo civil?
2. ¿Cómo notas la presencia de Dios en tu vida?  
¿Por qué le buscas?

3. ¿Qué vives en tu matrimonio actual que no vivías antes? ¿Qué te hace feliz en tu matrimonio actual que no vivías en tu primer matrimonio?
4. Si pudieras volver a casarte por la Iglesia, ¿lo harías? ¿Cómo lo vivirías?

No quiero terminar estas líneas sin agradecer a todos los que han hecho posible este libro su sinceridad y su generosidad al compartir no solo algunos de los hechos más dolorosos de su vida sino, muy especialmente, la riqueza de lo que Dios va obrando en sus almas. Agradezco especialmente, en nombre de todos, al Padre Borja y a Manuel de la Barreda, su iniciativa al llevar este grupo.

A veces pienso si no estará el padre Kentenich detrás de todo lo que vamos viviendo, él, que fue hijo natural y sufrió toda su vida la carencia del amor paterno. Ponemos estas líneas en manos de la Virgen, para que sea Ella la que hable al corazón de los lectores.

## **2. Francisco: la comunión espiritual, la mejor de sus comuniones**

### **2.1 *Cuando la confianza se hace añicos***

Francisco es un hombre sencillo, con una historia feliz pero truncada, de la que habla sin tapujos. Quería muchísimo a su primera mujer, y quiere muchísimo a la segunda, con la que se ha unido civilmente. “He tenido mucha suerte en el primero y en el segundo matrimonio. El Señor me ha mandado dos ángeles”.

Confiesa que todo fue culpa suya, él fue el malo de la película, el que fue infiel. Y mientras lo dice parece que mi conciencia me pide que no juzgue, que no me haga ninguna composición de lugar, porque detrás de una infidelidad solo Dios sabe qué circunstancias se han dado.

La relación se rompió. El amor no, pero sí la confianza. Él hubiera empezado de cero, pero a su mujer le superó la situación. La confianza, decía ella, es como una talla de cristal, brillante y luminoso, pero cuando se hace añicos, resulta muy difícil recomponerlo. Hay quienes lo consiguen, solo ellos saben si esa talla vuelve a brillar como antes. Quizás logren, incluso, que brille más porque alcancen un

amor más puro. Ellos no lo consiguieron. “Me perdonó, recompuse el vaso y lo volví a romper. Y entonces ya no hubo manera de recomponerlo”.

Se siguen queriendo, pero no con amor conyugal. Sigue habiendo respeto mutuo y mucho cariño, pero no hay confianza en la fidelidad del otro, “confío en ti como padre, confío en ti como amigo, confío en ti como profesional, pero ya no confío en ti como marido”. Y sin confianza no hay amor sponsal.

Francisco admite que ha sufrido mucho por haber tirado su familia por la borda, por no haber valorado antes lo mucho que tenía. Desde que se divorció ha sido mejor padre que nunca porque empezó a ver a sus hijos más que antes. “¡Qué pena tener que pasar por algo así para cambiar!”, se lamenta.

“Un divorcio es una separación dolorosa en todos los sentidos, por los hijos, por tu mujer. Al final cuesta mucho remontar esa separación. Pero si te das cuenta del daño que has hecho, si ves el destrozo que has hecho a tu familia, si reconoces que ha sido un desastre por una tontería, al final te hace más fuerte. Porque te das cuenta de que tienes que arreglarlo de alguna manera, y si el matrimonio ya no puedes arreglarlo, al menos arreglas la relación con tu primera mujer y con tus hijos”.

Por eso la relación que mantiene con su primera mujer es de verdadero cariño.



## **2.2 *El encuentro con Cristo te cambia la vida***

¿Y cuándo te encontraste con Dios?, le pregunto. Él cuenta que se convirtió gracias a Emaús. Fue su segunda mujer quien recorrió primero ese camino de encuentro con Cristo, y le arrastró después a él. Carla había ido a Medjugorje y le había pedido a la Virgen que pusiera un compañero en su camino. Se conocieron poco después. Decidieron casarse del único modo que podían hacerlo, civilmente. Carla pensaba que el que tenía una situación problemática en la Iglesia era Francisco, pero no ella. Nadie se lo desmintió hasta que hizo Emaús. Llevaba dos años recibiendo regularmente la eucaristía y la confesión. No sabía que no podía hacerlo.

Emaús les cambió a los dos. “Fue tan maravilloso el golpe, fue un flechazo, como es un flechazo en una relación de pareja. Te da el flechazo, te enamoras, y en ese estado te sientes, pero con Dios, lo cual cambia todo”.

Eso fue hace dos años, y no puedo evitar preguntarle si sigue con el flechazo. “Absolutamente. No se pasa. Es como todo, hay que regarlo, si no se seca, claro”.

Y me atrevo entonces a hacerle otra pregunta que tampoco llevaba preparada: si tú hubieras tenido esa fe en tu primer matrimonio, ¿se habría salvado? Y contesta sin pensárselo: “Sí, sin ninguna duda”. Su primera mujer tampoco tenía mucha fe, pero no cree que eso fuera lo más importante, piensa sobre todo

que él se hubiera comportado de otro modo, porque “cuando estás más cerca de Dios intentas ser mejor persona. Y además me hubiese casado pensando que el sacramento del matrimonio es otra cosa, porque al final los cursos prematrimoniales antiguos eran de seis meses y no veías el momento de que terminasen. Yo iba porque era un requisito más, pero tenía unas ganas de que se acabase...”. Y reconoce que ese curso no le sirvió para entender mejor el matrimonio, ni para ser más consciente de lo que iba a hacer.

Y pensando un poco más despacio, añade: “En realidad no puedo poner la mano en el fuego de cómo hubiese sido mi primer matrimonio si yo hubiera tenido fe, porque hay mucha gente religiosa que también se separa, porque el ser humano es débil”. Lo que sí tiene muy claro es que le encantaría vivir de nuevo el sacramento del matrimonio porque sabe que lo vivirían todo, incluido el cursillo prematrimonial, de un modo muy diferente, como algo muy bonito.

“¿En qué fallé la primera vez? Indudablemente el amor hay que regarlo, hay que alimentarlo, hay que cuidarlo, pero sobre todo veo que el amor de Dios que tenemos los dos ahora no lo tuvimos en mi primer matrimonio”. Eso explica que sientan los dos la felicidad de otro modo, “primero porque tú ya eres feliz, pero además vives felicidad con felicidad... así que, ¡felicidad al cuadrado!”.

### **2.3 *El amor de Dios y los sacramentos***

Su visión con respecto a Dios ha cambiado totalmente, especialmente en lo relativo a los sacramentos. “Me encantaría repetir casi todos los sacramentos. Me encantaría volver a bautizar a mis hijos, me encantaría volver a confirmar a mis hijos, me encantaría volverme a casar, si puedo algún día, religiosamente, porque los sacramentos los he vivido sin entender lo que significaban, era más un tema social que un tema religioso”. Y se encuentra ahora con una dolorosa contradicción, “cuando lo he tenido no lo he aprovechado y ahora, como no lo tengo, no puedo aprovecharlo”. Pero él mismo resuelve la contradicción sobre la marcha, y lo dice como algo muy meditado, como si, desde hace mucho tiempo, tuviera muy claro que es una contradicción solo aparente. “Pues sí, sí puedo, ¿por qué no voy a poder?”.

Y aclara: “Cuando yo hago la comunión espiritual, yo siento que recibo a Cristo. Probablemente, hasta más que antes. Cuando voy a confesarme, aunque no me dé la absolución, siento el perdón de Cristo. Cuando hablo con un sacerdote, siento el amor de Cristo. Siempre he sentido que estoy en la Iglesia, no me considero ni de primera ni de segunda. Pero si me sintiera excluido, pienso que con más razón tendría que buscarlo, porque estaría todavía mucho más perdido. Sería una oveja mucho más descarriada”.

Los que le rodean se sorprenden al ver su aceptación: “La gente me dice que qué maravilla, que cómo lo he encontrado. Pienso que, sencillamente, llevaba mucho más retraso que los demás. Lo que tengo que hacer es remar más ahora, puesto que antes no lo hice”.

Y a mi pregunta de cómo busca la presencia de Dios durante el día, responde: “No es que busque el amor de Dios, es que siento el amor de Dios, y eso es muy importante para un divorciado. No lo había sentido como lo siento ahora. Al final, si sientes el amor de Dios, te da absolutamente igual todo lo que venga. Puedes con todo”. Y reconoce que eso es lo que le mantiene enamorado de Dios, “te das cuenta de que Dios te perdona todo, te quiere, que está ahí, que no te va a dejar nunca. Y claro, voy a misa y me emociono. Voy a misa a diario, pero no por obligación, sino porque me gusta, es que lo necesito, es mi forma de alimentar el amor a Dios”.

Francisco se queda pensando un poco. “Es una evolución. Yo he sufrido mucho, mi mujer comulgaba y de repente se dio cuenta de que no podía hacerlo y dejó de comulgar. Vinieron los daños colaterales. Sufrió mucho. Yo mi sufrimiento lo llevaba bien. El problema era verle sufrir a ella. Pero después de hablarlo nos dimos cuenta de que este es nuestro camino, que Dios ha permitido que sea así, es un camino muy bonito. Si tiene más trabas, las propias trabas lo pueden hacer más sencillo. ¿Para qué

vamos a hacer de esto un drama? Vamos a hacerlo bueno”.

Ellos se ven el uno al otro como un regalo que viene de Dios, por eso se casaron. Aún no habían hecho Emaús cuando lo hicieron. El día que se casaron por lo civil les hubiera gustado que algún sacerdote hubiera rezado por ellos en alguna iglesia, “porque sentías la necesidad de la oración, porque ya lo hiciste mal una vez, y no quieres volver a hacerlo mal”. Les hubiera bastado con unas palabras al final de una misa, “que Dios bendiga el amor de Francisco y Carla”, pero no pudo ser. De los quince sacerdotes a los que se lo preguntaron, los quince les dijeron que no, y catorce les animaron a pedir la nulidad. Pero él, por el momento, no ha visto, en conciencia, que su primer matrimonio pueda ser nulo. Por eso no ha pedido la nulidad.

Ahora, con su segunda mujer, vive la fe con paz. “Lo primero que buscas cuando vas de vacaciones es una iglesia, y no un chiringuito o una discoteca”. Les encanta rezar juntos e ir a misa juntos. Cuando lo hacen Francisco se acerca en el momento de la comunión, siempre el último de la cola. Y al llegar ante el sacerdote, cruza las manos sobre el pecho e inclina su cabeza para que le dé la bendición mientras él comulga espiritualmente. “Si tú te quedas en el banco y sufres, eso no hay quien lo cure. Yo no sufro, entre otras cosas porque me acerco al altar.

Hay gente que tiene vergüenza, pero fuera de España es una práctica muy habitual”.

#### **2.4 *Cómo sentirse dentro de la Iglesia***

Francisco reconoce que no se siente fuera de la Iglesia. Tardó tiempo en comprenderlo, pero precisamente este sentimiento es el que le permite tener una profunda paz. Antes no la tenía, ahora sí.

Reconoce que la forma de hablar de algunas personas de la Iglesia, con respecto a su situación, sí puede hacer que te sientas excluido. Un sacerdote al que quiere mucho le dijo con toda honestidad: “tú piensa que estás casado con tu exmujer, y que vives en pecado con tu actual mujer”. Pero él no lo siente así, se siente casado con su actual mujer, con quien no solo comparte la vida sino que ha sido la que le ha llevado a Dios y con quien sigue acercándose a Él.

Francisco entiende y acepta que la Iglesia no le administre los sacramentos. “Las normas, en cualquier ámbito, están para cumplirse. Te gustarán o no te gustarán, podrán ser más o menos justas, pero yo no estoy aquí para planteármelo. ¿Que si me gustaría comulgar? Pero si es que comulgo. Ahí está. Es que ese es el matiz. Yo nunca me emocionaba cuando recibía la comunión. Nunca me emocioné en misa, cuando estaba casado por la Iglesia. Y ahora se me saltan las lágrimas cada vez que voy a misa. Al final, de ese antes a ese después, ves que antes no

estaba enamorado de Dios, es que no veía a Dios por ningún lado”.

A Francisco le encantaría comulgar, pero al pensar qué ocurriría si pudiera hacerlo, se plantea: “Si yo pudiera comulgar a partir de mañana, no voy a decir que no sintiera lo mismo, pero podría acostumbrarme. Creo que hay mucha gente que comulga como un hábito, con cierta rutina, incluso los que creen. Pero a mí, el esfuerzo que me cuesta quedarme el último para no distorsionar el ritmo de la comunión, solo eso, mientras estoy esperando, aumentan mis ansias de recibirle, qué gozada que voy a recibirte, Señor”.

Francisco piensa que lo de enfadarse con la Iglesia no es práctico ni productivo. Él le dijo al Santo Padre hace un año, en una ocasión en la que le saludó personalmente: “Santo Padre, rece por los que queremos estar dentro de la Iglesia”. Pero ahora reconoce que se equivocó al decirlo porque está en la Iglesia. “¿Que esto se arregla? Pues fenomenal. ¿Que no cambia nada? Pues no pasa nada. Al final es una forma de recibir al Señor, cada uno recibe al Señor de un modo y lo vive de una forma distinta”.

Cuando ya estamos en la puerta veo una foto preciosa en la que está hablando con el Santo Padre, y me dice: “¿Sabes qué me contestó? Que no me preocupase, que todo se arreglaría. Y se ha cumplido, porque ya no me preocupo, y todo se ha arreglado”.

### **3. Alejandra: la conversión de la mano de la Virgen**

#### **3.1 *Una madre muy piadosa***

La madre de Alejandra era una católica practicante, de misa los domingos. Pero cuando tenía treinta y tantos años, vivió una conversión interior que le acercó a Dios, de modo que empezó a ir a misa a diario, y a asistir a la adoración frecuentemente. Dios llenaba su corazón.

Alejandra no sentía esta cercanía con Dios e iba a misa cuando coincidía con su madre, pero por cumplir, nada más. Se casó con veinte años, muy enamorada y totalmente desconocedora de lo que significaba el sacramento del matrimonio. Por supuesto contaba con que aquello era para toda la vida, porque estaba tan enamorada que no podía concebirlo de otro modo.

A los treinta y cinco años se separó de su marido. Aunque él tenía formación católica, nunca habían ido juntos a misa. Sus hijos habían recibido los sacramentos, pero los llevaban poco a la iglesia. Alejandra defendía a la Iglesia cuando alguien la criticaba, pero en su vida ordinaria no vivía todos los aspectos de su vida como pide la Iglesia.



Cuando Alejandra decidió separarse, no entendía ni compartía muchos de los fundamentos de la tradición católica. Después de varios años separada, conoció a Santiago, con quien lleva siete años. Él también se había casado por la Iglesia, y también estaba divorciado.

### **3.2 *El encuentro con la Virgen***

Hace tres años Alejandra pasó por un momento difícil en su trabajo. Tenía que resolver un tema relacionado con un proyecto con muy poco tiempo de maniobra. Le hizo una promesa a la Virgen: “por favor, si me ayudas a resolver esta crisis, voy a empezar a ir a misa otra vez todos los domingos”. Y la Virgen se lo resolvió, “fue todo un milagro, porque aquello era imposible”.

Alejandra empezó a ir a misa. Lo hizo por puro sentimiento de obligación, no se sentía mejor por asistir pero pensaba que debía cumplir su palabra. Y poco a poco la Virgen fue haciendo milagros. Su conversión no fue de golpe sino paulatina. Se encontró con un libro *proof of life* que le impactó mucho. Empezó a buscar un director espiritual, y encontró al padre Borja; hizo el retiro de Emaús; empezó a leer libros relacionados con el catecismo, la vida de los santos, y se puso a la búsqueda de Dios.

Hoy tiene la profunda convicción de que, durante todos estos años, su vida y la vida de sus hijos han sido protegidas por las oraciones de su madre.

Aunque ella no estuviese cerca de la Iglesia, la Virgen estuvo protegiendo a sus niños en esos años de la adolescencia que pueden ser tan complicados, pues ella trabajaba muchas horas fuera de casa. Actualmente sus hijos son católicos practicantes, y afirma con entusiasmo, “¡eso es un regalo de la Virgen!”. Alejandra reconoce que ha abierto los ojos. “He puesto a mis hijos en manos de la Virgen, solo Ella puede llevarlos por el buen camino y cuidarlos”.

Se da cuenta –y lo vive como una nueva experiencia– de que la Virgen es la que le lleva a Jesús. En el retiro de Emaús ella entendió de un modo profundo esas palabras, “nadie va al Padre sino por mí”. Son palabras en las que Jesús habla de sí mismo, pero ella interpretó que, en su caso, podían entenderse de otra manera, pues era la Virgen la que le había llevado a Jesús, Ella era el paso previo. Alejandra recordó que nunca rezaba a Dios sino a la Virgen. Piensa que la Virgen María ha sido con ella esa madre que te protege siempre.

Ahora va a la iglesia y se sienta delante del sagrario. Antes pensaba que quienes iban a misa a diario estaban locos, ella era más bien de ir todos los días al gimnasio. Sonríe al recordarlo, “qué más da tener los músculos un poco mejor cuando puedes estar una hora delante del sagrario”. No todos los días consigue ir a misa, pero siempre va a la iglesia y eso le da mucha paz. Tiene necesidad de rezar a diario el rosario, y lo intenta. Cosas que parecen increíbles,

porque “si supieras de dónde vengo con respecto a la fe y a mi conocimiento tan reducido del catolicismo, dirías, a esta mujer, ¿qué le ha pasado?”.

No lo hace por cumplir sino porque lo necesita. Nota que Dios está actuando en su alma y la está transformando profundamente. Y también nota que Dios la usa como instrumento para que otros se acerquen a Él. Está deseando hablar de Dios, siempre que puede, y no pierde una sola oportunidad de recomendar el retiro de Emaús a quienes están en búsqueda. Nota que Dios le está dando la capacidad de acercarle a otras personas, incluso en su propio trabajo.

### **3.3 *El amor a su segundo marido***

“Hace siete años conocí a Santiago, y ha sido una relación preciosa”. Alejandra no era consciente de que por salir con él no podía confesar ni comulgar, “yo tenía una cultura católica de primaria, muy pobre”. Cuando lo supo, le dio mucha pena.

Pero Alejandra tiene claro que si Dios ha puesto un hombre tan maravilloso en su camino es por algo. Está convencida de que si la Virgen le ha ayudado en el camino de su segunda conversión, cuatro años después de estar con él, es porque quiere que se hagan ancianos juntos. Confía, vive este tema con serenidad, y pide ayuda a la Virgen para vivirlo.

Hasta ahora ella no quería pedir la nulidad porque no entendía el concepto de “anulación”. Le daba la sensación de que era poner a sus hijos en un vacío, “¿qué ocurre con mis hijos? ¿Salen de la nada?”. Ahora ha entendido lo que representa: no es que no te hayas casado sino que no ha tenido validez a los ojos de Dios. Y ha decidido empezar el proceso.

Santiago está sorprendido con su fe porque ella no era así. Y es comprensible porque, como ella misma dice, a medida que se va instruyendo sobre el catolicismo, se va “radicalizando”. Por ejemplo, antes estaba a favor de los métodos anticonceptivos. Ahora estaría abierta a la vida y tendría los hijos que Dios les enviase. Ha cambiado de mentalidad.

Santiago, aunque no es creyente, es profundamente respetuoso con la fe de Alejandra y le interesa entender el proceso que ella está viviendo. Despacio, así hace Dios las cosas. Así que Alejandra espera que poco a poco él vaya viviendo su proceso, y comparte mientras tanto sus avances espirituales con personas de su familia y amigos que tienen las mismas creencias, porque es consciente de que vivimos en un entorno en el que muchas veces tratan a los católicos como personas supersticiosas y con creencias poco racionales.

A Alejandra le dan mucha envidia las parejas que comparten la fe. “Una fe compartida en un matrimonio lo hace invencible frente a las

dificultades de la vida. Cuando tienes claro que Dios está en medio del matrimonio, manejas los problemas con otra distancia, y te planteas ser mucho menos egoísta. Yo era de las que pensaba, este señor me tiene que hacer feliz. Y ahora mismo no. Ahora veo que hay que tener un enfoque de la relación mucho más generoso. Pienso que las pruebas están ahí para superarlas juntos”.

A Alejandra le brillan los ojos. Su mirada es espejo de la fuerza de su convicción. Y añade con absoluto entusiasmo: “Y otra de las cosas que me ha enseñado también la fe es que el amor, el querer, también es “me propongo que te voy a querer todos los días de mi vida”. Ya no te planteas frases tan comunes y a la vez tan frívolas como “quiero sentir pasión”. ¡Gracias a Dios que la pasión pasa! Lo importante es la confianza, el cariño, la serenidad. ¡Doy gracias a la Virgen por haber entrado en mi vida, y darle sentido!”.

Alejandra no pierde la esperanza de poder volver a casarse por la iglesia. “Lo haría mañana mismo. Le he pedido a la Virgen que ponga en orden mi vida antes de que me muera. Y estoy convencida de que lo va a hacer, de una manera o de otra”.

### **3.4 *Las ansias de confesión***

A Alejandra le molesta mucho que algunos divorciados no se sientan “parte del club”. Ella se ve cien por cien parte de la Iglesia, y ahí el padre Borja,

reconoce, le ha ayudado mucho. “A través de este sufrimiento, Dios permite que te sientas pequeña y eso te hace crecer en la fe”. Lo ve como una bendición. No se siente menos católica ni menos querida que los que pueden comulgar. Aunque es verdad que nos perdemos las posibilidades de los sacramentos y cada vez que oye “yo no soy digna”, esa frase que oyes todos los días en misa, “pero di una sola palabra y quedaré sano”, piensa que está salvada y se queda tranquila. Reza por las personas que comulgan sin valorar el regalo tan grande que reciben. Ahora mismo, la falta de los sacramentos, dice, la lleva bien. Pasó épocas peores, pero ahora está serena.

Sin embargo, su mirada la delata. Al hablar de la parte que más le ha costado, la de la confesión, a Alejandra se le llenan los ojos de lágrimas. Tras convertirse le hubiera encantado haberse podido confesar de toda su vida pasada. Le pesan pecados que ahora mira con horror. Por eso a veces piensa, “vale, aunque no me puedo confesar de mi vida con Santiago ¿no me puedes confesar de todo lo demás? ¿De todos los pecados que me pesan tanto y que me gustaría que el Señor me perdonara? Por lo menos, que cuando el Señor me llame al purgatorio, que haya limpiado las otras cosas, porque me da mucha pena tener tanto acumulado de tantos años. Si me pongo a recordar los millones de pecados, ¡qué peso más grande siento! Así que, desearía que me

mantuvieran ese pecado pero que me limpiaran los demás. Pero no se puede... esto es lo que peor llevo”.

Alejandra se ríe, es muy alegre. Esconde una vez más su pena, y reconoce que ella acepta lo que le pide la Iglesia, aunque le da miedo la situación por la que atraviesa ahora y teme que todo este problema de los divorciados pueda provocar una crisis interna. Teme que el demonio se sirva de esto para dividir a los católicos, que sea una excusa para separar.

Alejandra termina con una sonrisa: “poder limpiarme sería mi sueño, tengo el alma tan sucia, aunque tengo claro que Dios es misericordioso ante todo”. Y terminamos la conversación soñando las dos, yo me atrevo a hacerlo en voz alta, y le digo si quizás, cuando estemos en el cielo, Dios nos dirá, “mira Alejandra, mucho antes de que por fin te pudieras confesar, te perdoné, porque amaste mucho, tuviste una contrición perfecta y yo vi la rectitud de tu corazón”.

## **4. Lola: un matrimonio canónico que parecía civil**

### **4.1 *Me casé muy enamorada***

Lola se casó muy enamorada. “¿Quién no lo hace?”, pregunta ella con una naturalidad pasmosa. Esa fue la pregunta del juez eclesiástico que más le sorprendió. ¿Cómo no te vas a casar enamorado si es el requisito básico para empezar a salir con alguien? ¿Cuántos de esos novios, de los que te enamoras locamente, dejan de ser novios? Todos menos uno, aquel con quien te casas. Estar enamorado no significa tanto.

Sí, esa pregunta le desconcertó y respondió con sinceridad. Ella estaba muy enamorada, y lo estuvo siempre, hasta que su marido la dejó por otra. Parece que los jueces suelen hacer esa pregunta, y su marido, que no está de acuerdo en tener que preguntar a la Iglesia la validez de su matrimonio, le dice al juez que, para él, ella era la mujer de su vida. ¡Un culebrón! ¿Quién entiende entonces por qué la dejó? Los jueces tienen una papeleta muy difícil, no quisiera verme en su lugar.

Lola se casó muy joven, con muchas ganas de irse de casa, y encandilada por un joven atractivo y con dinero. “Yo no pensé nada cuando me casaba, solo



me dije: me quiero ir de mi casa ya. Nos gustábamos, estábamos enamorados, trabajando, y en aquella época la etapa del noviazgo finalizaba ahí, tocaba. Incluso socialmente era lo acostumbrado, iniciar la propia familia. Y él, igual. Él dijo, me llevo los rapapolvos de mi padre si no estoy en casa a las diez y media, no quiero cenar a la hora que quiere cenar él; yo gano dinero y me encanta Lola, pues nos casamos. Ese era nuestro planteamiento”.

Nadie les ayudó a profundizar más en su decisión, y ellos, con veinticuatro años, tampoco lo hicieron. Este problema sigue abierto, confiesa Lola. Sus hijos ahora se casan y lo hacen con la inmadurez propia de los veinteañeros. Podemos hacer mucho en la pastoral de las familias para que haya menos fracasos matrimoniales, pero hay una parte que depende de la maduración personal y de la libertad de cada uno en su relación con Cristo, porque está en juego un vínculo sacramental.

Su primer matrimonio se celebró en una iglesia pero no sabían nada del sacramento, ni tenían una fe madura para asumirlo. Tenían ganas de pasarlo bien juntos, nada más. Lola, que sí tenía cierta fe, no dejaba de vivir el cristianismo pero de un modo superficial, era una fe “de palicos y cañicas”. Viajar, salir con amigos, disfrutar y ser feliz. No tenía muchas más ambiciones. Su corazón estaba lleno de cosas y Cristo permanecía oculto entre las cosas, a pesar de cumplir a rajatabla con lo que mandaba la

Iglesia. Tuvo la experiencia de vivir con alguien estupendo, con quien se lo pasó muy bien, pero solo mientras duró.

Aquél con quien se casó tampoco gozaba de fe. Cuando él fue a declarar ante el tribunal eclesiástico, seguramente no tuvo en cuenta la importancia que tiene el proceso de nulidad para una persona con fe. Cuando declaró, posiblemente, no quiso reconocer sus propios errores y aceptar la validez de los tribunales eclesiásticos; no todo el mundo está dispuesto a eso. Y después de un largo y doloroso proceso que duró siete años, la sentencia no fue favorable y no reconocieron la nulidad.

#### **4.2 *Un hombre que la acerca a Cristo***

Lola se encontró con un hombre que quería hacer de Cristo el eje de su vida. Puede parecer contradictorio, porque José también se había divorciado, pero era así. José buscaba el significado de su vida.

Cuando Lola vio que la relación iba en serio, pensó que tenía dos opciones, una era cómoda y la otra incómoda. La primera opción era mantener una relación con él según el modelo de “cada uno en su casa y Dios en la de todos”. Ese camino sería más llevadero socialmente, y permitiría que José, cuyos hijos eran mayores, viviera tranquilo y siguiera disfrutando de su buena situación económica y social. La segunda opción era muy incómoda, pues suponía que José se fuera a vivir a casa de Lola y se

expusiera al rechazo de sus hijos adolescentes. José eligió la segunda y Lola se lo agradeció infinitamente.

“¿Cómo iba a dejarla sola, con el panorama que tenía en casa?”. Ese fue el motivo por el que eligió vivir con ella, por generosidad, amor a Lola y deseos de entregarse a ella. “Yo me enamoré de Lola, y cuando tú amas de verdad a alguien lo que quieres es compartir su vida cada minuto. Nunca he entendido otra forma de amar”.

Tomada esa decisión, ¿qué hacer?, ¿convivir, o casarse por lo civil? Los dos lo tenían claro, para los hijos era mucho mejor que se casasen, debían tener un soporte social y legal. Así que se casaron, y los hijos de Lola, educados en un colegio católico tradicional, rechazaron lo que estaban haciendo, hasta el punto de que dos de ellos no fueron a la boda; sufrían y no entendían nada.

A pesar de todo, para Lola estaba muy claro y lo sigue estando cada día más: está viviendo la mejor etapa de su vida. Ahora es cuando está conociendo a Cristo, y lo está conociendo junto a José, haciendo de Él el centro de su vida en común.

“Yo noto que Cristo vive entre los dos”. Y así se da algo que parece contradictorio: “Mi primer matrimonio, que se celebró en la Iglesia, parecía civil. Y ahora, que estoy casada sólo civilmente, vivo un matrimonio que parece de Iglesia”.

### **4.3 *Católicos de segunda fila***

Ha pasado el tiempo y Lola no ha pedido la revisión de su causa de nulidad. Aquél con el que estuvo casada persiste en su actitud, y no ve indicios de posible cambio en una declaración. ¿Qué hacer?

A Lola le cuesta mucho esta situación. Le importa el qué dirán. Le importa que la señalen como la divorciada casada por lo civil. Le duele no poderse acercar a los sacramentos de la confesión y la comunión. “Lo llevo fatal. Somos católicos de segunda fila”. Ha perdido a casi todas sus amigas. Son católicas tradicionales y algunas de ellas no entienden su vida e incluso se han escandalizado. Pocas personas respetan su decisión. Menos personas aún la comprenden. Y muy pocas la apoyan. Sigue habiendo una costumbre perniciosa de juicio moral sobre los que se salen de lo establecido.

Se siente incomprendida por su gente de siempre. Tiene a José, con quien quiere envejecer, y a sus hijos, que poco a poco han ido cambiando de actitud. “Pero los católicos de a pie van por otro lado, y en general siento que hay algo en el ambiente por el que ellos siguen siendo los buenos y nosotros los malos”.

A Lola le confunde mucho que los sacramentos se vean como regalos que te da la Iglesia para vivir más la fe. Ella siente que la Iglesia da regalos a los “buenos”; y a los “malos”, que necesitan más gracia, no se los da. Lola no entiende que no pueda confesar

ni comulgar y se atasca muchísimo con ese tema. A José, sin embargo, no le pasa. Lo vive con mucha paz.

Lola piensa que la Iglesia, al reconocer el valor unitivo de las relaciones sexuales dentro del matrimonio, acierta plenamente. Pero le entristece pensar que la única imposibilidad que tiene para vivir ese amor en plenitud con José es que la Iglesia aún no haya reconocido su primer matrimonio como nulo, aunque tuvo defectos en el modo en que el consentimiento sacramental fue concebido y expresado. Ahí ella se pierde. Se bloquea. No entiende nada.

#### **4.4 *La mirada de Cristo***

En este momento de su vida, sin embargo, han encontrado apoyo incondicional en un movimiento de la Iglesia que les está ayudando en su encuentro con Cristo.

Lola conoció “Comunión y liberación” por una compañera de trabajo, y cuenta como, en esa situación de abandono de sus amigas de siempre, esta compañera compartía con ella y con otro compañero, confidencias muy íntimas. A Lola le encantaba su forma de vivir la fe. Salían del trabajo, y mientras Lola se debatía con sus problemas familiares, su compañera decía: “¿os acordáis de quién era la samaritana?”. Ellos se quedaban sorprendidos. Habían ido a un colegio de religiosos, así que contestaban que sí, que les estaba hablando

del evangelio. Y ella añadía, “no, no te hablo del evangelio, te hablo de un encuentro. Del encuentro con alguien que quería ligar con alguien, porque la samaritana quería ligar y se encuentra con Cristo. ¡Qué poderío el de Cristo, no podía ir a Samaria, no podía hablar con una mujer, y se lo salta todo! Y la mira de tal manera que ella se convierte, ¡qué poderío!, ¡cómo tuvo que mirarla Cristo!”. Y esta forma de hablar de Cristo atraía de una forma novedosa a Lola.

Sí, Lola se quedaba sorprendida porque notaba que su compañera vivía una historia distinta a la suya. Su compañera estaba pendiente de Cristo, de cómo miró a la Magdalena, de cómo miró a Zaqueo y se invitó a cenar en su casa, de cómo Cristo la miraba a ella misma. Todo esto a Lola le interpelaba. Ella vivía la vida mirándose a ella misma, pensando si había actuado bien o mal, “¿me voy al cielo?, ¿me voy al infierno?”. Pero no miraba a Cristo. Su mundo era ella y lo que ella hacía, mientras que su compañera, que tenía las mismas dificultades que cualquiera, le hablaba de Cristo. Vivía con Cristo vivo y resucitado en su propia vida. No le comían los problemas cotidianos porque su día a día lo vivía con Él con mucha más intensidad que todo lo tangible, por muy asfixiante que fuera.

Con el tiempo, la escuela de Comunión y Liberación también empezó a ayudar a Lola. Se siente feliz porque en esas reuniones no se censura nada. Su

compañera un día cogió el micrófono para decir: “Hoy me he quedado sorprendida de mí misma porque unos compañeros me han dicho que se iban a casar, y yo les he dicho: Bueno, pues a ver cuánto os dura”. A Lola le ayuda ver la humildad de su compañera, que se queda tan impactada por lo que ha salido de su boca, que lo comparte, para rectificar el rumbo, para ayudar a los demás a que no nos contamine la moda.

#### **4.5 *Cristo está en mi casa más que nunca***

Con su primer marido Lola no podía hablar de nada espiritual. La acompañaba a misa con sus hijos porque había que hacerlo, pero nada más. Con José habla de todo. Todas sus inquietudes las comparte con él porque es un hombre de fe. Casi todos los días hablan y se explican las experiencias que van observando, las que les ayudan a establecer una más estrecha relación con Cristo y a conocer mejor el camino de su vocación cristiana. Se ayudan en la relación con sus hijos, con sus amigos, comparten lo que la vida les ofrece y que viven a la vez. José siente que su vida ha llegado por fin al punto en el que desde siempre había intuido que era la verdadera compañía del matrimonio.

Pero la vida con José es, en cierto sentido, mucho más complicada. Hay sufrimiento porque quieren formar parte de la Iglesia, se sienten Iglesia, pero saben que no están en una situación normal.

Y sin embargo, en esta circunstancia anómala, se produce algo que es real. Lola lo siente como algo muy raro pero evidente, Cristo está en su casa más que nunca. No se atreve a decirlo porque la Iglesia le ha dicho que su matrimonio actual no es matrimonio, pero es lo que ella vive. Y siente que la Iglesia es su sitio, y lo será siempre, aunque sea extraño en su situación. Sufre por estas enormes contradicciones, hasta que llega un momento en el que se sube al carro de José y dice “confío en Cristo, confío en Dios porque mi experiencia real es que Cristo está más presente en mi vida y en la de mis hijos que nunca”.

Doy fe de que es así. En casa de Lola y José se respira alegría, paz, buen humor y mucha simpatía. Aparecen y desaparecen en cinco minutos, hijos, nietos, hermanos, sobrinos, y amigos de no se sabe quién, todos se sienten en casa. Se lo pasan muy bien.

Le pregunto: ¿Por qué seguís buscando a Cristo, después de casaros por lo civil, cuando la Iglesia os dice que vivís en adulterio? Y me responde con una frase redonda, que se la he oído, con otras palabras, a otros del grupo: “porque Cristo sacia”.

Sí, todos los del grupo de la Pastoral de la Esperanza tienen hambre de Dios. Y Lola añade: “porque ahora Cristo está entre nosotros. He estado tanto tiempo fijándome en lo que yo hacía que me he perdido a Cristo. Ahora mi vida gira entorno a Él. Antes giraba en torno al cumplimiento, y eso me hizo mucho daño,



porque se hipertrofian temas, y entre fijaciones, pecado y no pecado, me perdí a Cristo. Ahora, cada vez que vuelvo, rectifico el rumbo hacia Cristo y siento una profunda alegría por ser cristiana. No he estado nunca más atenta al Evangelio y a las homilías de la misa, porque ahora tengo ansia viva de pertenencia”.

“Amo a José porque estoy convencida de que esta situación que tenemos me la ha preparado Dios para irnos al cielo. Para mí esto es un regalo. Me da igual que este regalo parezca feo. Este planteamiento del matrimonio, de la vida conyugal, no lo había tenido en mi vida. Nunca, jamás. Tuve un planteamiento vital, un hombre estupendo, maravilloso, con unos hijos geniales, una vida fácil, y todo a favor. Ya está. Hubo problemas, y se fue. No se planteó nada más. A mí me va a dar igual lo que haga José, yo me voy a morir a su lado. Tengo experiencia de verdadero matrimonio ahora”.



## **5. José: cómo amar y ser amado por los hijos del otro**

### **5.1 *El rechazo de los hijos de Lola***

José lo tuvo muy difícil con los hijos de Lola, y desde fuera no se entiende que haya querido pasar por eso. No tenía necesidad de volver a pasarlo mal. “Sus hijos me miraban con el ojo izquierdo. Pero yo decía: vamos a ver, de momento no me conocen, pero si yo no soy mala persona, y no tengo salidas extemporáneas, ni les doy un pescozón cuando los veo por el pasillo, en algún momento determinado reconocerán que no soy un tío malo. No sufría por mí, sufría por el ambiente que se creaba en casa. Pero mi objetivo y el de Lola era vivir juntos, compartir la vida y llevarnos las cargas el uno del otro. Y eso no se hace más que viviendo veinticuatro horas juntos”.

Dice el evangelio que nos hagamos como niños, quizás porque los adultos estamos cargados de prejuicios que nos impiden acercarnos de modo puro a lo que nos rodea. Lola y José lo experimentaron en primera persona cuando, al volver del viaje de novios, notaron la fuerte tensión que había en casa y comenzaron a recibir el desprecio de algunos hijos. El pequeño, sin embargo, se acercó a la cama de matrimonio, feliz de que hubieran vuelto, y empezó a dar botes sobre el colchón mientras gritaba: “¡qué

pijama tan bonito!”. Los niños intuyen el mal y el bien, y el pequeño intuyó que aquello era el comienzo de algo muy bueno para todos.

Y así fue. El tiempo permitió que todos lo vieran y esos hijos de Lola que mostraban rechazo han rectificado. Han cambiado tanto que uno de ellos, que no asistió a la boda civil de su madre, pidió a José que fuera el testigo principal de su propia boda. Y no solo eso sino que al terminar la ceremonia de su boda preguntó por él porque quería darle un abrazo. “Y me dio un abrazo tan entrañable..., me emocioné muchísimo”.

Sí, José se emocionó, y se emociona ahora al contarlo, porque después de cinco años de tensión y sufrimiento en silencio, aquel chico, el día de su propia boda, modificó, con un solo gesto, el sabor amargo de tantos gestos anteriores. Se emocionó quizás porque solo Dios sabe cuánto dolor hubo, por las dos partes, antes de llegar a aquel abrazo.

Ahora la familia entera le quiere. Han visto que detrás de la actuación de José no ha habido más que amor a su madre y a ellos. Han necesitado años de maduración personal, pero son personas sin doblez y con gran corazón. Una de ellas tiene dificultades con su padre, y cuando llega a casa, se encuentra a José, y a veces se le queda mirando como si pensara: “y este, que me trata tan bien, no es mi padre”. Esto es muy duro para José, porque no es hija suya y no puede

consolarla como si lo fuera. La quiere y reza por ella. Lola es consciente del bien que está haciendo José en su familia, y se lamenta de que eso solo lo pueda ver ella.

## **5.2 *El primer matrimonio de José***

Quizás alguno pueda pensar, sí, mucho amor pero ellos están viviendo un amor adúltero.

A estas alturas de la historia me gustaría invitar al lector a rebobinar y pensar qué significado tendría todo lo que viven José y Lola si, en lugar de vivir un amor adúltero, estuvieran viviendo, por primera vez, un amor que pudiera culminar en el sacramento del matrimonio. Dicho con otras palabras, si en lugar de verlos como dos personas que pretenden desunir lo que Dios unió, se tratase de dos personas a las que, previamente, no les unió realmente el sacramento, sino que vivieron un matrimonio civil. En este caso serían dos personas que sueñan con vivir el “hasta que la muerte nos separe” sacramentalmente con quien, todo parece indicar, Dios puso después en su camino.

A la luz de esta posibilidad todo cambia. Si esto fuera así, tendría sentido el sufrimiento que vivió José durante los veintisiete años que duró su primer matrimonio, años que habrían servido, como él dice, para preparar y abonar el terreno de su segundo matrimonio, el que él siente que es el único verdadero, el que esperaba desde joven.

Sí, pero él, por mucho que lo sienta así, poco tiene que decir. Es la Iglesia la que tiene la última palabra sobre su primer matrimonio, y mientras la Iglesia no se pronuncie, él está viviendo en adulterio. Creo que me adelanto, con estas palabras, al pensar de más de un lector.

¿Y qué pensaría ese lector si le digo que, después de ocho años de proceso de nulidad, la Iglesia ha reconocido como nulo el primer matrimonio de José? Así ha sido. José convivió veintisiete años con una persona a la que solo le unía unos hijos y un techo, y aunque vivió entregado de corazón a su familia, nunca tuvo experiencia de matrimonio hasta ahora.

¿Cómo es posible, se preguntará más de un lector? Eso no hay quien se lo crea.

Pues es cierto. La mayoría de nosotros no hubiéramos aguantado así ni tres años. Él aguantó mucho, y más hubiera aguantado si su mujer no hubiera dado el primer paso en su separación. Tenía tal sentido de la fidelidad y del compromiso que aun viviendo lo que vivía, hubiera seguido.

“Mi primer matrimonio ha servido para llegar a este segundo matrimonio, porque, espero no ser injusto, pero realmente no recuerdo nada que me haya hecho crecer en mi primer matrimonio, salvo mi propia relación con el Señor. Vivimos cada uno por su lado. Nunca sabré cuánta relación ha tenido la que fue mi mujer con el Señor, nunca lo sabré porque nunca lo

hemos vivido juntos. Nunca me ha acompañado. Cuando nos casamos, en el viaje de novios yo leía el evangelio un ratito cada día, y le dije, ¿lo leemos juntos? El tercer día me dijo, mira, el evangelio te lo lees para ti. A mí me dejas. Y es una persona de Iglesia y creyente. En mi relación con el Señor nunca se quiso mezclar, nunca me apoyó ni dejó que yo la apoyara”.

En su primer matrimonio los dos cónyuges vivieron una auténtica relación de separación mental, de separación de intereses, un hacer cada uno su vida aunque con un permanente intento simultáneo de mantener la familia unida.

“¿Unión entre nosotros dos? Cero. ¿Consortio de vida y amor? Cero. ¿Relación de soporte mutuo? Cero. Ni amistad, ni nada. En cuanto surgía cualquier disputa, Ella decía, yo no estoy de acuerdo y poco más se podía añadir. ¿Comunicación? Cero. Yo soy feliz con una pelota, si tengo a mis hijos, mi trabajo, mis proyectos, mis amigos, mi música, y pienso: bueno mi mujer no me acompaña, pero estoy bien”.

Y estuvo así muchos años porque, como él dice, se puede vivir así, especialmente cuando eres hijo de militar y has mamado ciertos valores de la milicia, como el del cumplimiento del deber. “Yo era hijo de coronel. Mi padre, cuando me iba a la cama, me decía: hijo mío, ¿has hecho lo que tenías que hacer hoy? Sí, papá. ¿A que estás contento? Sí, papá. La

alegría del deber cumplido, añadía mi padre". Y José no consiguió cambiar estos esquemas hasta bien entrada la madurez.

Pero Dios, que conoce lo más íntimo de nuestros corazones, había visto sus lágrimas, ocultas a los ojos de los demás. Dios, que sabía que Él era lo primero en la vida de José, no quiso que se prolongase más ese calvario y los acontecimientos le abrieron los ojos. Su mujer se cambió de ciudad y abandonó su hogar común. Él tiró toda su trayectoria profesional por la borda, y se fue en pos de ella, para seguir viviendo juntos. Qué profunda decepción se llevó cuándo supo que ese traslado se debía a una tercera persona.

Visto con ojos humanos toda esta historia tiene sabor de profundo fracaso. Pero ni José ni algunos de los que hemos participado de su historia como testigos lejanísimos, lo vemos así. Dios vio cómo habían unido sus vidas dos personas que creían hacerlo bien pero que, aunque lo hicieron lo mejor posible, contrajeron un matrimonio que no fue válido. Fue positivo seguramente, a la postre, que su mujer se enamorara de otra persona, porque fue el detonante que impulsó a José rectificar el rumbo de su vida para vivirla en plenitud.

Visto así, todo cambia. Examinadas así las cosas, lo que antes se veía como matrimonio normal, era anormal. Lo que parecía infidelidad por parte de



José, no lo fue. Más bien parece que hizo por fin honor a la verdad, a la exigencia de plenitud que está inscrita en el corazón de todos los hombres, aunque a veces nos cueste tanto reconocerla. Así las cosas, José es un hombre soltero (a los ojos de la Iglesia) enamorado de una mujer que tiene que pasar por el proceso por el que él ya pasó, y cuyo caso es difícil porque quien estuvo casado con ella no quiere que reconozcan la nulidad. ¿Qué hacer?

Lola y José se han encontrado con muchos sacerdotes mayores, que siguiendo las enseñanzas de Juan Pablo II, les han hablado directamente de la misericordia de Dios. Porque antes de casarse por lo civil pidieron consejo a muchísimos sacerdotes. Y tropezaron con ese mensaje, Dios es misericordioso. Y perdona nuestros pecados si nos arrepentimos de ellos. Por encima de todo, el amor justifica la vida.

Los dos piensan que hay pecados que sí son verdaderamente importantes, y no tienen que ver, precisamente, con su relación. Por ejemplo, la soberbia. Lola siente que es muy complicado ser humilde, especialmente cuando tienes que educar a tus hijos, porque no sabes cuándo toca corregir y cuándo toca ser humilde. “Un día dices “perdóname, me he pasado”, y al día siguiente se te sube a la chepa, y entonces te da miedo que vuelva a pasar, y ya no vuelves a pedir perdón”. Este tema de la humildad sí le genera conflicto en la conciencia. El de las relaciones sexuales no se lo genera. Es unitivo,

permite querer más a esa persona. No es una cuestión de búsqueda egoísta del placer, sino de amor de donación.

### **5.3 *José, un hombre de oración***

Lola repite una de mis preguntas a su manera, algo más exagerada, “¿qué cómo José puede sostener esta vida que tiene en esta casa de locos?” Los hijos de Lola, confiesa ella, son tan intensos como ella. “Tantas personas tan intensas, en una cabeza como la de José, que es todo paz... ¿Cuál es el secreto de José?, ¿cómo es su vida?”

Y responde ella misma. “José, ¿cómo empieza el día? Pues José, en vez de levantarse a la hora justa para irse a trabajar, se levanta antes y se va delante del sagrario, y ahí permanece. ¿Cómo vuelve a casa? Pues vuelve de tal modo que puede soportar lo que le echen, porque es él con algo, con Alguien más”. José tiene una vida de oración tan práctica, que se va y está ahí con Él. Unas veces, dice Lola imaginando lo que hace José en esos ratos, estará conectado a tierra; otras no sabrá qué decirle al Señor; otras, sigue Lola, le dirá que está harto, que en qué momento tomó esta decisión. “Pero vuelve aquí y es él, alimentado de esa relación que tiene con Cristo. Y eso se nota”, dice Lola.

José no lo sabe, pero está practicando algunas de las modalidades de la oración que recomendaba el padre Larrañaga. Él confiesa que ha pasado de la

oración mental a la oración práctica, y está todo el tiempo leyendo y escribiendo. Dice Lola que escribe cosas maravillosas. Y también lee el evangelio subrayando. Subraya los cuatro evangelios, las cartas de san Pablo, y está aprendiendo muchas más cosas que cuando leía sin subrayar nada. Él antes había leído el evangelio completo muchas veces en su vida, pero es ahora cuando se está enterando de verdad, porque saca de cada párrafo las ideas importantes para él.

Y José añade algo, que parece ser eje de su vida: “es verdaderamente necesario sufrir, es simplemente necesario, no te lo puedes saltar”.

José está sufriendo mucho ahora con sus hijos. Sabe que le quieren pero no entienden la nulidad. Con Lola tienen una actitud simplemente correcta, dice. Él sabe que no estaría donde está ahora si no hubiera sido por su primer matrimonio, pero como lo malo no construye, no vive del pasado, ni habla de él, vive el presente, sin rechazar ni censurar nada de lo que ha vivido.

Si volvemos ahora a la historia del juicio sobre la nulidad de su matrimonio, hay un dato interesante. En la primera sentencia, una de las cosas que le llamó la atención al juez coincidirá seguro con los pensamientos que más de un lector conservará aún. El juez se preguntaba: si no ha habido verdadero amor entre esas personas, ¿cómo han podido estar

veintisiete años juntos? Este fue un dato más que llevó a denegar, en primera instancia, la nulidad. Sin embargo en el segundo proceso sí comprendieron que José había aguantado, rechazando tentaciones de abandono, sufriendo muchísimo, por un sentido profundo de lealtad.

Lealtad que también mostró Lola cuando su marido la dejó por otra. Ella le perdonó y le rogó que se quedara por sus hijos; le dijo que no se preocupase, que ella remaría por los dos, que no rompiera la familia, que podrían restaurarlo todo.

Y esa lealtad que vivieron los dos en su primer matrimonio es la misma que sienten ahora hacia la Iglesia, lealtad que hace que, tanto Lola como José, respondan lo mismo, unánimemente, a la última pregunta: se casarían por la Iglesia con muchísima emoción, llorando de alegría, y desde la fe.

## **6. Antonio: el encuentro con Cristo de la mano de tu segunda mujer**

### **6.1 *Hombre de poca fe***

Antonio busca a Cristo ahora. Antes, era un hombre de poca fe. Desde la adolescencia había desplazado a Dios de su vida por rebeldía. De hecho ni hizo la confirmación. Pero la educación en la fe, en el fondo, estaba en lo más íntimo de su ser y, tal como habían hecho sus padres con él y con sus hermanos, enseñó a sus hijos a rezar. Cada noche, desde pequeños, rezaba con ellos, y aún ahora, que son adolescentes, ellos mismos le llaman para que les acompañe. En esta oración de la noche nunca consiguió que le acompañara su mujer. Ella creía aún menos que él.

Cuando se estaba separando vio a Paloma por primera vez, quince escasos minutos, pero suficientes para que pensara: “he conocido a una mujer con la que me podría casar”. Estuvo un año sin verla, y cuando volvieron a coincidir le contó que estaba separado. Ella no se planteó que pudiera surgir nada, le parecía impensable la mera posibilidad de fijarse en un hombre separado.

### **6.2 *El encuentro con Dios de la mano de Paloma***

Pero a Antonio le gustaba Paloma y consiguió quedar con ella. Al poco fueron a un convento en el que

Paloma tenía unas amigas. Aquel encuentro fue toda una experiencia. Se encontraron rodeados de una cincuentena de monjas que les preguntaban cosas de su vida, y que llegaron a decirle a Antonio que tenía cara de misionero. Mucho debieron rezar aquellas religiosas, porque al poco Antonio empezó a practicar. Durante bastante tiempo Paloma y él tuvieron una relación a distancia, y adquirieron la costumbre de comprar libros que les recomendaban algunos sacerdotes amigos. Compraban el mismo libro, cada uno en su ciudad, para leerlo a la vez.

“Yo me enamoré de ti en una misa”, interrumpe Antonio mirando a Paloma. “No por cómo te veía sino por la misa en sí”. Por eso la misa es algo que está en el núcleo mismo de su relación. De hecho, durante el noviazgo, intentaban no fallar a la misa diaria.

“Yo me re-encontré con Dios por Paloma”. Antonio lo tiene muy claro. Dios forma parte de su relación, es una parte importante. Es lo que les une. “Y cuando a veces no estamos tan bien, cuando estamos más lejos de Dios, nos alejamos el uno del otro”. Y añade que cuando Dios está más lejos, ellos están peor; cuando tienen menos presencia de Dios, se resiente la relación. Lo nota tanto que lo ha dicho en tres momentos distintos a lo largo de la entrevista.

“Busco a Dios, pero lo busco en pareja”. A veces Antonio piensa: si no estuviera con Paloma, ¿estaría

buscando tanto a Dios? Cree que ahora ya sí lo haría, pero considera que Paloma es muy importante en su relación con Dios.

### **6.3 *El papel de Paloma en la fe de los hijos***

“Yo creo que una de las razones por las que fracasó mi primer matrimonio es porque Dios no estaba. Lo noto. Y una de las cosas que más me une a Paloma es que está Dios. A lo mejor hubiera fracasado igualmente mi primer matrimonio aunque hubiera estado Dios entre nosotros, pero yo creo que si Dios está en el matrimonio, tiene muchas más posibilidades de tener éxito que si no lo está. Lo creo por experiencia, porque ahora, cuando Dios está más cerca de nosotros, está mejor nuestro matrimonio”.

Y siguen argumentando ahora los dos, “te lleva a unirte más, a perdonar más, a comprender mejor, a disculpar”, dice Paloma. Y Pedro añade: “Dios consigue que el matrimonio sea más bonito, que sea matrimonio de verdad. Te das cuenta, viviendo con Paloma, que el otro matrimonio no lo era del todo”.

Hay otros aspectos, como la personalidad de Paloma, que también influyen a favor en esta segunda relación. Pero teniendo niños de su primera mujer, la segunda relación reunía todos los requisitos para que fuera todo mucho más complicado, y sin embargo no es así.

Para los niños Paloma es una referencia, y la quieren mucho. Paloma reconoce que no sabe cómo aguantan sus sermones. Es difícil para ella ayudarles en el camino de la fe, porque es plenamente consciente de que no es ni su padre ni su madre. Antonio añade, con pleno convencimiento, que aunque la tarea de Paloma es muy complicada, lo hace muy bien.

“Muchos de los segundos matrimonios que han fracasado, lo han hecho por los hijos. Es muy difícil hacerlo bien con niños, aunque intentes dar lo mejor de ti”.

Antonio tiene muy claro que si pudiera volver a casarse por la Iglesia viviría uno de los momentos más felices de su vida, no solo por el sacramento del matrimonio, que ahora lo ansía, sino porque le permitiría unirse a Paloma en el sacramento de la Eucaristía, durante el cual se enamoró de ella, y se sigue enamorando cuando participan juntos de la misa.

#### ***6.4 Antonio sigue pensando que su primer matrimonio fue nulo***

“Si en un matrimonio no ha habido sacramento conscientemente por falta de fe de los contrayentes, por falta de conocimiento y de consciencia de los requisitos del matrimonio válido, si además luego no hubo confianza, sino mentiras e infidelidades, ¿qué matrimonio se dio ahí? ¿Debo suponer que cuando



mi mujer dijo *sí quiero* estaba diciendo que quería serme fiel, y ser una conmigo?”.

En el caso de Antonio, hubo dos peritajes psiquiátricos, y los dos fueron favorables a su nulidad. Hubo numerosos testigos de su parte, y todos contaron lo que habían visto, los padres de Antonio los primeros. No hubo ningún testigo por parte de su exmujer, ella no creía en el proceso ni lo quería. Pero obstaculizó la nulidad. Y el juez detectó que no había coherencia en las declaraciones de los esposos, y no reconoció la nulidad.

Los padres de Antonio se quedaron escandalizados. No entendían la lógica de la sentencia. Antonio la recurrió pero tampoco sirvió de nada. Llegados a ese punto, decidió, por el momento, no pedir la revisión de la causa, sobre todo por sus hijos. No quiere que vuelvan a sufrir.

Antonio y sus hijos lo pasaron mal durante el proceso de divorcio, pero mucho más sufrieron durante el de nulidad “sin comparación”. Ahora sus hijos están tranquilos, y Antonio no quiere que sufran nuevas tensiones.

A Antonio le encantaría vivir el sacramento del matrimonio de verdad, a sus ojos, por primera vez en su vida, y tiene la esperanza de volver a casarse con Paloma por la Iglesia algún día.

### ***6.5 Una situación de humildad y pobreza frente a la Iglesia***

Quando se casó con Paloma llevaban más de cuatro años juntos, y rondaban los cuarenta. Aun así esperaron la resolución de la Iglesia. Sabían que en esa espera había una renuncia: la espera probablemente les negaría la posibilidad de tener hijos juntos.

Quando por fin llegó la sentencia y vieron que era desfavorable, decidieron casarse por lo civil. Paloma pensó alguna vez que Antonio podría tener algún tipo de problema a ojos de la Iglesia, porque era divorciado, pero nunca pensó que ella lo tendría, porque era soltera. Unos años más tarde se enteraron de que las normas de la Iglesia les impedían confesarse y comulgar.

Nunca se han sentidos juzgados por los sacerdotes que conocen su situación personal, ni por sus familiares o amigos. Sin embargo, les duele que la suya sea prejuzgada como una “situación objetiva de pecado”. Paloma siente dolor cuando se hace algunas preguntas para las que no tiene respuesta. ¿Quién no está en situación objetiva de pecado? ¿Por qué la Iglesia parece ser más comprensiva y misericordiosa con otras situaciones que con la suya? Desde el punto de vista de la fe, ¿qué es lo más deseable para los adultos y los niños que sufren esta situación?

Sin haberlo previsto, reconoce Paloma, esta situación les ha colocado ante Dios y ante la Iglesia en una situación de humildad y de pobreza. Ahora se sienten públicamente los últimos, no son dignos de recibir los sacramentos, son católicos de segunda categoría. Pero en ese dolor se reencuentran con la verdad: la pequeñez de sus almas frente a Dios. Al Dios que han conocido siempre lo conocen ahora de otro modo. Con el tiempo han aceptado, como han podido, su situación, y con humildad siguen acudiendo a la Iglesia. ¿Por qué? Porque es la búsqueda de la Verdad y la Misericordia de Dios lo que les llevó a ella. ¿Cómo podrían renunciar?

## **7. Gerardo: novios como lo eran nuestros abuelos**

### **7.1 *El amor llega y parece que viene de Dios***

Así les pasó a Gerardo y a Rocío. Se conocían desde hacía quince años, y durante ese tiempo se habían encontrado puntualmente en algunos eventos familiares. En su último encuentro, hace casi tres años, Rocío supo que Gerardo llevaba dos años divorciado. Nada cambió por eso, lo único, quizás, es que empezaron a quedar, desprevenidos y confiados en que solo había un vínculo de amistad: él no quería volver a casarse, y ella no quería estar con un hombre divorciado.

En poco menos de un mes Rocío se empezó a asustar. Le parecía que había señales de que se estaban encariñando y pensó que debía cortar por lo sano. Su director espiritual le sorprendió: “¿has hablado con él de la posible nulidad del matrimonio anterior?”. Rompió sus esquemas mentales. Rocío no tenía ni un solo dato, todo lo que sabía de ellos era bastante superficial, pero estaba dominada por los esquemas mentales rígidos con los que había crecido. Hacía unos días su hermana le había dicho lo mismo. Le pareció que Dios la estaba invitando a abrir su mente y a estar disponible.

La conversación que tuvo después con Gerardo le sorprendió. Ni él ni Paula se habían querido casar. Querían irse a vivir juntos, pero Gerardo no se atrevió a contar sus deseos en su casa. Sus padres jamás lo hubieran aceptado y habría habido un disgusto familiar.

Desistieron y decidieron casarse por la Iglesia. Las madres organizaron todo y Gerardo vivió aquel día como una fiesta de sus padres y de los amigos de sus padres, hasta el punto de que ni siquiera cayó en la cuenta de invitar a su mejor amigo para que fuera testigo. Estaba fuera de todo.

Cuando Rocío oyó su historia, inmediatamente pensó que si lo hicieron coaccionados, si no pudieron decir ese “sí, quiero” con libertad, ese acto no podía ser válido. No sabía nada de derecho canónico, pero le parecía de sentido común.

Perdió el miedo a enamorarse y el amor llegó de modo repentino, inesperado, no buscado. No es fácil que llegue a ciertas edades, pero si llega se ve muy claro.

No quisieron formalizar su relación hasta que fueron a la Almudena y preguntaron si había indicios de una posible causa de nulidad.

Sí, claro, uno tiene que vivir el sacramento libremente. ¡Rocío respiró! Parecía que Dios estaba detrás de lo que les pasaba.

## **7.2 *Y Dios llega de la mano del amor***

Sí, Dios llegó de la mano del amor. Tiene toda la lógica, Él es la causa del amor. En ese caso se hizo palpable. Después de más de treinta años sin practicar, Gerardo empezó a ir a misa y a acompañar a Rocío semanalmente a la reunión de los carismáticos de su parroquia. Y poco después, el miércoles de Ceniza, vivió su primera de confesión después de tantos años (ni siquiera se había confesado para su boda). Fue un día emocionante.

Gerardo piensa que se está acercando a Dios desde que sale con Rocío, pero ella dice que es él el que la acerca a Dios a ella, porque hace palpable ciertas cualidades del amor de Dios. La generosidad, el desvelo, la ternura, el estar siempre atento. Sí, es fácil sentirse querido por Dios cuando te quieren.

Rocío dice que es un amor maduro. Carece del entusiasmo ciego de la juventud, y cuenta con la experiencia dolorosa del perro viejo que ya ha sido herido más de una vez. Es una desventaja, pero tiene muchas ventajas. Ponen mucho más de su parte para construir. No les preocupa que el otro conozca sus defectos, es más, los exponen antes de empezar. La comunicación es absolutamente fluida, no se van a dormir sin haber hablado la más mínima cosa que les haya podido separar ese día.

¿Romanticismo? ¿Pasión? Seguramente mucho menos que si se hubieran conocido con veinte años,

pero están construyendo con la misma o más intensidad que si los tuvieran. Dicen que saben que la vida seguirá regalándoles problemas y les tiene que encontrar fuertes para que el amor no merme, sino que precisamente gracias a esas dificultades se haga más sólido, más auténtico.

Pero el amor tiene una parte física que no desarrollan plenamente. Llevan dos años y medio juntos. No son niños, él tenía cuarenta y siete años cuando empezaron a salir y Rocío cuarenta y cuatro. Pero Rocío le pidió vivir el noviazgo como lo vivían nuestros abuelos, y Gerardo la respetó.

Hay quien se sorprende de que Gerardo aguante, pero él dice que no es tan raro. Después de divorciarse tuvo algunas experiencias que le hicieron palpar de un modo muy claro que una relación de pareja basada solo en las relaciones sexuales no lleva a nada. Así que, después de ver que aquello no le aportó nada positivo, comprendió que en la relación con la persona que quieres hay otras mil cosas importantes, y no le importó esperar hasta que pudiera ser.

Los dos dicen que ha sido una experiencia muy bonita y enriquecedora, en la que han vivido un amor sincero y se han conocido con profundidad. Pero todo tiene un límite, y llegados a este punto, dice Rocío que empieza a dudar de que ese amor, sin

su parte física, pueda seguir creciendo de un modo natural.

### ***7.3 Un proceso en el que dicen que han tenido mala suerte***

Les dicen que no han tenido suerte en el proceso, pero Rocío lo pone en duda. En realidad, dice ella, “hemos tenido suerte, tenemos una abogada genial. Tuvimos mala suerte al principio, tuvimos que cambiar de abogado, y eso supuso más de un año de retraso. La segunda abogada nos dio mucha paz, no coge un caso si en conciencia no ve que es nulo, y lo lleva todo bien preparado para que no haya que pedir más pruebas. Pero ahí tropezamos con el principal escollo, ¿cómo conseguir testigos cuando Gerardo no le contó a nadie lo que le pasaba? Paula sí lo hizo, como suele pasar casi siempre, las mujeres contamos nuestros problemas”. La familia de Paula podría haber testificado, pero ella no quería hacerles sufrir.

Gerardo no termina de entender la importancia de los testigos en el proceso, porque él no hablaba con nadie de temas religiosos, no eran temas que le importasen. Buscar, a día de hoy, después de tantos años, algún amigo que recuerde algo de lo que ni siquiera sabe si llegaron a hablar, le resultaba muy complicado.

Aun así se armó de valor, y quedó con algunos amigos que no veía desde hacía años. Como se



imaginaba, sus amigos apenas recordaban nada de su situación, pero se ofrecieron a responder al juez con honestidad a las preguntas que les hiciese. Después de aquello y de algunos problemas técnicos que forman parte de la vida misma, se presentó la demanda. Habían pasado más de dos años desde que empezaran con el proceso.

Tres meses después Rocío llamó para saber si podía saberse algo de la fecha de la citación y de la duración del proceso en su totalidad. Le dijeron que calculase dos años más. Se le vino el mundo encima.

“Al sacerdote que estaba a otro lado del teléfono le pregunté si él se hacía cargo de lo que nos estaban pidiendo, ¿quién iba a aguantar cuatro años y medio de noviazgo al estilo de nuestros abuelos, con nuestra edad? Me dijo que era cuestión de plazos, que no se podían acortar. Le pregunté que cómo era posible que no se pudieran acortar. El mismo problema existe en la vida civil y en nuestro país ahora se están poniendo los medios para que los juicios duren tres meses. Me dijo que era imposible. Le pregunté que por qué no ponían más tribunales para acelerar los procesos, y me contestó que no me preocupase, que tenía toda la gracia de Dios para vivir esto así”.

Rocío colgó absolutamente hundida. Había confiado en Dios durante esos dos años y medio, y había supuesto que, una vez solventadas todas las pegadas

que habían tenido, la Iglesia les contestaría en seis meses o así. Pero dos años más le parecía imposible. Confiesa que lo que más le dolió fue notar la falta de empatía y lo absurdo de los motivos por los que se hacía tan larga espera.

A día de hoy sigue sumida en la duda, ¿deben seguir esperando? La mayoría de las personas que les conocen y les quieren les aconsejan que se casen por lo civil. Sin embargo a Rocío se le hace duro pensar en la misa sin la comunión, o en no poder acercarse al sacramento de la confesión. Lo ve como una posibilidad de vivir su relación con Dios de otro modo, con un abandono total. Pero le cuesta mucho dar el paso. Si supiera que la sentencia puede salir en unos meses, sin dudarlo esperaría. Se alegra de los cambios en los procesos de nulidad, porque piensa que beneficiarán a otras parejas que en el futuro se encuentren en su situación, pero ellos están inmersos en el proceso y tienen que esperar.

## **8. A modo de despedida**

He tenido la dicha de escribir estas letras, que no han sido sino una réplica de lo que me han contado de viva voz los protagonistas de estas páginas. Llega el momento de decir, con voz propia, el porqué de este libro, y creo que podría resumirse con estas palabras, “en busca de la verdad”.

Somos un grupo de personas sinceras, honestas, pero sabemos que no basta con la actitud de la sinceridad. Sinceridad y verdad no se identifican. La sinceridad nace del corazón del hombre y facilita el encuentro con la verdad, y la verdad es Cristo, “yo soy la Verdad y la Vida”. Nosotros buscamos la verdad, y como Cristo es cabeza de la Iglesia, la buscamos en su Iglesia.

Y en esta búsqueda tropezamos con la dificultad de encontrar a su Iglesia en un proceso de maduración, precioso, bellísimo, pero arriesgado. Por eso, en este momento encontramos pastores que nos dan consejos opuestos. Y si nos acercamos a las páginas que reflejan los intensos días del sínodo de octubre de 2014 podemos sentir desconcierto, hay quien podría escandalizarse por la profunda división que

generó la problemática de la comunión de los divorciados.

Nosotros no nos escandalizamos, no nos apenamos, somos conscientes del momento que vivimos. En la vida hay hijos que tienen que madurar a golpes. En ocasiones se da un proceso de maduración simultáneo y paralelo de padres e hijos, en el que el vínculo paterno-filial se fortalece hasta el punto de que a veces parece que padre e hijo son amigos, llegando incluso el hijo, alguna vez, a aconsejar al padre. No conozco ningún padre que haya experimentado algo así que no esté agradecido por el don de sus hijos.

Nosotros somos hijos de la Iglesia, y somos conscientes del momento que vivimos. Ningún proceso de maduración se da sin sufrimiento. Ningún cambio se produce sin miedo a equivocarse. La división por algo puntual debe superarse en aras de la verdad. ¿Y cuál es la verdad?

La gran pregunta que nos queda, después de conocer de cerca la experiencia de estas personas es: nadie duda de la indisolubilidad del matrimonio, todos asumimos las palabras de Cristo, “lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre”, pero, ¿fue Dios quien unió los primeros matrimonios de estas personas?

Y la segunda gran pregunta, la Iglesia es valedora de la gracia de Dios, pero en el sacramento del matrimonio, los ministros son los contrayentes y el sacerdote es testigo. ¿Cómo se ha de acercar la Iglesia-testigo a esos ministros-contrayentes que quizás invalidaron sin saberlo ese acto?

Lo que parece claro es que muchos de los protagonistas de estas páginas no tendrían quizás la situación que tienen si hubiesen vivido de otro modo el proceso de nulidad, si, por ejemplo, todos ellos hubiesen sido acompañados por un sacerdote como testigo de buena fe.

Por eso estamos agradecidos al Santo Padre por el *Motu Proprio* publicado el 8 de septiembre de 2015. Es posible que no marque aún el procedimiento definitivo, es probable que, con el tiempo, la experiencia dictamine otra forma mejor de llevar a cabo el proceso. No sería extraño que hubiera que volver a ajustar el procedimiento en un tiempo prudencial, pero es un primer paso y alivia el peso de esta carga a quienes la llevan.

Creo que no hay que asustarse de que haya tantas solicitudes de nulidad cada año, sino asumir que quizás disminuyan cuando vayan al sacramento del matrimonio personas preparadas por un sacerdote que verifique si son conscientes o no de lo que van a hacer. Lo importante no es el pasado (por supuesto,

sigamos ayudando a las familias rotas), sino el presente y el futuro: construyamos una Iglesia en la que el sacramento del matrimonio se cuide con esmero. Si vivimos eso de verdad conseguiremos que las primeras comuniones de muchos niños dejen de ser la primera y la última comunión.

Si se exigen una serie de requisitos a los niños antes de recibir la primera comunión, ¿no habrá que admitir como natural que existan ciertos requisitos para la recepción del sacramento del matrimonio?

“La presencia del ministro expresa que el matrimonio es una realidad eclesial” (Catecismo, 1630) pero el matrimonio es más que una realidad eclesial, es una institución divina que está por encima de cualquier religión o cultura (Catecismo, 1603).

Los católicos estamos llamados a recordar la esencia de esa institución: su indisolubilidad, la fidelidad y la apertura a la vida son los ingredientes del matrimonio natural. Pero para que podamos hacerlo, tenemos que cuidar a nuestros matrimonios, no solo antes del sacramento sino durante toda la vida. Creo que el secreto está en la pastoral. Hay catequesis de después de la comunión y de la confirmación, ¿por qué no invitar a una pastoral específica para matrimonios? En las parroquias que funciona bien, es una maravilla.

No creo que sea imposible casarse cuando uno es joven, ni que sea impedimento el que tenga una fe no excesivamente profunda. Todos maduramos con los años simplemente al tomar decisiones, al aceptar responsabilidades y sufrir los reveses de la vida. La madurez no es una magnitud que se pueda medir, no es algo que tenga límites, es un *continuum*, nadie puede decir “ahí empezaste a ser maduro”, a no ser que se sufra un revés gordo en la vida y se encaje bien. Con la fe ocurre algo parecido, ¿quién podría decir “este año he ganado cuarto y mitad de fe”? Lo normal en el camino matrimonial será ir madurando y creciendo en la fe poco a poco. Pero para que esto sea verdad se precisa una auténtica pastoral, tan importante como la destinada a la búsqueda de vocaciones de sacerdotes y de almas consagradas.

La indisolubilidad es indiscutible, pero es una cuestión demasiado profunda. No parece vinculado al sacramento sino a la esencia del matrimonio. Cuando Jesucristo dijo “lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre”, se lo dijo a los judíos, cuyo vínculo conyugal no era sacramental. Cuando les dijo que por su dureza de corazón Moisés había permitido el divorcio, evocaba esas circunstancias especialmente duras del pueblo elegido, su particular paso por el desierto. Puedo imaginar la inestabilidad emocional que debió sufrir el pueblo de Israel durante esos años. Por eso sin duda el Espíritu Santo nos ayudará a no endurecer nuestro corazón, a

día de hoy, para hacer realidad el “contigo para siempre”.

Quedan otras muchas cuestiones en el tintero, como el rechazo que produce, al menos en español, la palabra nulidad, pues connota vacío existencial en la vida de los cónyuges y de sus hijos. O como la particularidad de los no practicantes que sí quieren casarse por la Iglesia y ofrecer a sus hijos los sacramentos. Para ellos una pastoral matrimonial más profunda puede ser el comienzo de su encuentro con Cristo. No es el caso de ninguno de mis conocidos. Pasaron por la iglesia, cumplieron con requisitos burocráticos y nunca más volvieron a saber nada de ellos hasta que llegaron las primeras comuniones, después de las cuales tampoco volvieron a verlos.

Pero todo esto puede cambiar. Depende de nosotros mismos, de todos nosotros.

Rezamos con confianza para que las medidas que se adopten en el sínodo ayuden a que cada miembro de cada familia se encuentre con Dios en el día a día de su vida en familia. Y lo hacemos con esperanza, porque Cristo es cabeza de la Iglesia y “las puertas del infierno no prevalecerán contra ella”.





Fundación Doctor Paz Varela